

LA REVOLUCIÓN CULTURAL O EL ARTE DE NO VIVIR COMO UN FASCISTA. LA CRÍTICA DE HERBERT MARCUSE A LA CONTRARREVOLUCIÓN

*The Cultural Revolution or the Art of Not Living Like a Fascist.
Herbert Marcuse's Critique of the Counterrevolution*

ALEX DEMIROVIĆ*

demirovic@em.uni-frankfurt.de

Fecha de recepción: 12/10/2025
Fecha de aceptación: 19/12/2025

RESUMEN

Una época ha llegado a su fin. Se trata de una ruptura en el desarrollo histórico, de un cambio de época. Nombres como Herbert Marcuse representan lo que debe ser atacado y destruido, lo que debe ser eliminado del mundo. Al comienzo de esa época, en los años posteriores a 1967/68, se produjo un despertar en muchos sectores de las sociedades capitalistas. Se trataba de una peculiar combinación de luchas contra un determinado principio de realidad burgués: la imaginación debía llegar al poder. Herbert Marcuse contribuyó con importantes textos al debate de la época y reflexionó sobre esta fase de una izquierda emergente y un estilo de vida no fascista y anticonformista, al tiempo que observaba una tendencia a la contrarrevolución preventiva en las sociedades democráticas. Como marxista judío y emigrante, como alguien que con sus competencias de científico social había estudiado y combatido el fascismo y acompañado el movimiento por los derechos civiles, la revuelta y la Nueva Izquierda, advirtió sobre la amenaza de un nuevo segundo fascismo. Sus últimos escritos son un esbozo de esta amenaza, que incluye propuestas para un modo de vida no fascista.

Palabras clave: Herbert Marcuse, revolución cultural, Nueva Izquierda, fascismo, contrarrevolución, liberación.

ABSTRACT

An epoch has come to an end. It marks a rupture in historical development, a change of epoch. Names such as Herbert Marcuse represent what must be

* Senior Fellow de la Rosa-Luxemburg-Stiftung.

attacked and destroyed, what must be eliminated from the world. At the beginning of this new epoch, in the years after 1967/68, there was an awakening in many sectors of capitalist societies. It was a peculiar combination of struggles against a certain bourgeois principle of reality: imagination was to come to power. Herbert Marcuse contributed important texts to the debates of the time and reflected on this phase of an emerging Left and a non-fascist, anti-conformist way of life, while observing a tendency towards preventive counterrevolution in democratic societies. As a Jewish Marxist and émigré, as someone who, with his expertise as a social theorist, had studied and fought fascism and had taken part in the civil rights movement, the revolt, and the New Left, he warned of the threat of a new, second fascism. His later writings sketch this threat and include proposals for a non-fascist way of life.

Key words: Herbert Marcuse, cultural revolution, New Left, fascism, counter-revolution, liberation.

1 CAMBIO DE ÉPOCA

En su segundo mandato, el presidente Donald Trump quiere erradicar el marxismo. Él y los miembros de su gabinete consideran que los medios de comunicación, las escuelas y las universidades están infiltrados de marxismo cultural. El vicepresidente estadounidense Vance señala a las universidades como enemigas. Con el falso argumento de que son antisemitas, se les retiran los fondos para investigación, se les revoca el visado a los estudiantes y se interviene en la enseñanza y la investigación. Tanto en Estados Unidos como en Alemania, los conservadores denuncian la sexualización de los niños cuando se les informa de que existen personas homosexuales, lesbianas y transgénero. Reaccionan con rechazo ante la idea de que también las prácticas eróticas o la identidad sexual sean objeto de elección. Pero, ¿qué hay de malo en ello? ¿No se trata acaso de un maravilloso derecho a la libertad y una indicación de que la naturaleza no está determinada simplemente por leyes naturales eternas y de que, por lo tanto, el propio cuerpo y la propia identidad no tienen por qué considerarse como algo indisponible? ¿No sería la educación sobre orientaciones sexuales una verdadera liberación del miedo, del miedo a las agresiones violentas de los hombres hacia las mujeres, del miedo a los ataques a gais o a personas trans, del miedo al abuso que se ha practicado y se sigue practicando miles de veces por parte de sacerdotes de las iglesias o millones de veces por parte de clientes de redes de pedofilia? En realidad, hay que pensar que muchos de los que critican u obstaculizan esta educación temprana participan ellos mismos en estas prácticas o, al menos, no

pueden imaginar ni soportar que en sus familias y en su círculo de amigos se produzcan regularmente actos de violencia sexual, sobre todo contra niños y mujeres.

La derecha se opone a todo un conjunto de prácticas emancipadoras. Esto no solo vale para las relaciones de género. Considera enemigas a la investigación científica y a las pretensiones de validez de la verdad, ataca a la medicina, a las estadísticas del mercado laboral, a los medios de comunicación y a los periodistas, a las personas negras, migrantes y refugiadas. Las fuerzas autoritarias niegan los resultados de las investigaciones en ecología en sus múltiples dimensiones, como el cambio climático, los cambios en los océanos, la pérdida de aguas subterráneas, el deshielo de los glaciares, la sequía o la extinción de especies. Ignorantes como Trump apelan al sentido común, según el cual estos fenómenos siempre han existido. Pero, ¿cómo puede saberlo el sentido común? No puede saberlo, porque se necesita una investigación exhaustiva, largas series temporales, estudios meteorológicos o glaciológicos y una compleja investigación geológica para comprender los cambios en el clima, los océanos, la fauna y la flora, y las migraciones de plantas y animales. La impresión superficial de que se trata de procesos naturales puede ser engañosa, ya que el clima de años anteriores se olvida rápidamente. La humanidad y el planeta se encuentran en medio de un proceso que pone en tela de juicio las regularidades y certezas de los últimos 12.000 años. Las regularidades naturales están cambiando. A pesar de ser conscientes de ello, hasta ahora los seres humanos han hecho muy poco para detener esta dinámica. Las curvas de crecimiento exponencial en el consumo de recursos naturales, las emisiones, el calentamiento de los océanos o la pérdida de biodiversidad indican que se han alcanzado y superado puntos de inflexión irreversibles. Sin embargo, la conciencia burguesa se niega a aceptar que la naturaleza tiene una historia estrechamente entrelazada con la sociedad y que se encamina hacia el colapso. Su referente es la aparente evidencia de las leyes eternas de la naturaleza (véase White House, 2025). Se ataca la verdad, que se denuncia como *fake*, se contrapone la verdad percibida a la verdad factual, o se obstaculiza y prohíbe la investigación.

Si se consideran esos ataques autoritarios en su conjunto, como si se tratara de un panorama de 360 grados, se ve que son certeros y abarcan todo lo que la nueva izquierda y los nuevos movimientos sociales han defendido, exigido y luchado desde finales de la década de 1960. Los años comprendidos entre 1968 y 1975 fueron un punto de inflexión: el movimiento por los derechos civiles, el movimiento feminista, la crítica ecológica al crecimiento, las luchas exitosas por la descolonización, la caída de las dictaduras en Portugal y España. Desde hace mucho tiempo, la derecha viene

librando sus batallas bajo diferentes lemas: contra el comunismo y el marxismo, a favor de la metapolítica y contra la “extranjerización”, contra el ecoterrorismo o la locura de género, contra la corrección política o la cultura de la cancelación, la política identitaria o el “wokismo”, el marxismo, el radicalismo de izquierda, el movimiento Antifa o el colectivo LGBTIQ+. Charlie Kirk, el propagandista de Donald Trump asesinado en un atentado, alude en una de sus intervenciones a Herbert Marcuse y Angela Davis como enemigos. Es una especie de reflejo especular (Kracauer, 2012: 69 y ss.). Se le reprocha a la izquierda lo que ha practicado la derecha: el racismo, el nacionalismo, el sexismo, la cultura de la cancelación, la política identitaria, la corrección política y la restricción de la libertad de expresión. Se le acusa de practicar una política identitaria en favor de las minorías sexuales, de discriminar racialmente a los blancos y de contribuir a que las sociedades europeas se vean “invadidas” por el islam y los inmigrantes, a que los trabajadores autóctonos no encuentren trabajo, vivienda ni asistencia médica, y a que se ejerza la censura y se prohíba la libertad de expresión.

El caso más drástico es el del antisemitismo. La derecha protesta delirantemente exigiendo que los judíos no puedan “reemplazarnos” y asesina a judíos, pero al mismo tiempo combate a la izquierda por antisemita y se alía con la derecha israelí y los judíos de derecha en Estados Unidos y Europa. Es evidente que para la burguesía de Alemania y otros Estados es una satisfacción moral poder dar la vuelta a la tortilla tras el atentado de Hamás en Israel el 7 de octubre de 2023; ya no quiere que se le reproche que llevó a cabo el exterminio de los judíos europeos. Hitler había fusionado simbólicamente en una cadena de equivalencias a los judíos, los marxistas, los comunistas, la democracia y los derechos humanos, y los judíos y los marxistas debían ser perseguidos y exterminados como un solo grupo. Hoy en día, la derecha burguesa se esfuerza por desarticular esta conexión y colaborar con judíos de extrema derecha. “Auschwitz” era el símbolo de la transgresión de todos los límites legales y morales por parte de la burguesía. El gulag en la Unión Soviética sirvió durante un tiempo para desacreditar a la izquierda, pero con la continuidad autoritaria de Rusia, incluso bajo las condiciones de un régimen liberal y autocrático después de 1990, el símbolo acabó perdiendo su significado. Hoy en día, los izquierdistas pueden ser acusados de antisemitismo porque critican la política de ocupación israelí en Cisjordania y Gaza en nombre de los derechos humanos y del derecho internacional, lo que supuestamente les hace carecer de empatía hacia los judíos y poner en tela de juicio la seguridad de Israel. Esto da lugar a nuevas alianzas entre quienes luchan de forma

creíble contra el antisemitismo (como Serge y Beate Klarsfeld) y la nueva derecha y los neorracistas. Así se puede dar la impresión de que la izquierda ha perdido todo derecho a reivindicar la idea de que Auschwitz o similares (Adorno, 1966: 334) no deben repetirse. Quienes critican a la izquierda interpretan esta formulación de manera muy literal y restrictiva: Auschwitz solo debe referirse al exterminio de los judíos. Otros grupos de víctimas, otras prácticas violentas contrarias al derecho internacional, incluso las que comete Israel en nombre de la seguridad de los judíos, son ignoradas, minimizadas o declaradas necesarias.

Resulta reconfortante estar en el lado bueno de la historia y poder acusar a la izquierda de ser, en realidad, la culpable del fortalecimiento de la derecha. Se trata del moralismo de la izquierda, el señalamiento acusador de la violencia educativa, el *wokismo*, la corrección política, la falta de ideas de la izquierda. En el mejor de los casos, se acusa a la izquierda de no haberse preocupado por la pobreza, la miseria social y el trabajo. Quienes dicen esto no tienen por qué ser necesariamente de derechas, algunos se consideran culturalmente abiertos, generosos, reflexivos, liberales de izquierdas, y se sienten tratados con condescendencia por la izquierda cuando de repente se ponen en cuestión el flirteo, los hábitos alimenticios o los comportamientos relativos a la movilidad (véase Jessen, 2025). Se trata de una trampa discursiva. Porque la izquierda siempre ha planteado la cuestión social y la ha relacionado con las cuestiones de género o con los procesos de crisis ecológica. Cuando se refería a los trabajadores y a la pobreza, se le reprochaba que estaba anclada en el pasado, que era economicista, que la miseria ya no existía, que todo el mundo participaba o participaría pronto de la prosperidad. Echar la vista atrás a lo que quería la Nueva Izquierda puede ayudar a contrarrestar la creación de este mito. Pero está ocurriendo algo más fundamental.

2 LA IMAGINACIÓN AL PODER

Una época ha llegado a su fin. Se trata de una ruptura en el desarrollo histórico, de un cambio de época. Nombres como Herbert Marcuse, Theodor W. Adorno, Gilles Deleuze o Michel Foucault representan lo que debe ser atacado y destruido, lo que debe ser eliminado del mundo. El comienzo de este periodo, en los años posteriores a 1967/68, está marcado por las protestas generalizadas de estudiantes, escolares y jóvenes trabajadores, las luchas del movimiento obrero, las ocupaciones de fábricas y viviendas, y el descubrimiento de la calle como espacio de protesta. En todo el mun-

do se produjo un despertar en muchos sectores de las sociedades capitalistas. Se trataba de una peculiar combinación de luchas: contra el imperialismo estadounidense, las dictaduras militares apoyadas por EE. UU., el imperialismo de la Unión Soviética, que con sus tropas aplastó el proceso de reformas socialistas en Checoslovaquia y poco después amenazó con la fuerza militar al movimiento obrero polaco; luchas por la emancipación de las mujeres y el derecho a decidir sobre sí mismas y sobre su propio cuerpo; luchas por la libertad sexual; luchas contra el monótono trabajo asalariado; contra el consumismo. En última instancia, se trataba de luchas contra un determinado principio de realidad burgués, es decir, el dominante: la imaginación debía llegar al poder, los sentidos —el oído, la vista, el gusto, el tacto—, entendidos como una actividad, debían emanciparse (Marcuse, 1975: 160). Estas luchas estaban relacionadas con una lucha contra el autoritarismo y el silenciamiento de los brutales crímenes de la burguesía en el pasado: la expulsión de personas de sus tierras, la esclavitud, las prácticas genocidas en todo el mundo y también en el propio centro de Europa. Se trataba de la vida emancipada, el inconformismo, el antiautoritarismo. En su prólogo a la edición en inglés de *El Anti-Edipo*, de Deleuze y Guattari, publicada en Nueva York en 1977, Michel Foucault afirma acertadamente que este libro representa una ética, una introducción a un estilo de vida, una forma de pensar y de vivir no fascista: “¿Cómo hacer para no volverse fascista incluso cuando (sobre todo cuando) uno se cree un militante revolucionario?” (Foucault, 1999: 387). Con esta formulación, Foucault recurre al concepto de fascismo, al que muchos hacen referencia en la actual coyuntura. ¿Es adecuado este concepto para la coyuntura actual (véase Demirović, 2025)? ¿A qué nos enfrentamos hoy en día cuando nacionalistas, fascistas, antiliberales y fundamentalistas católicos toman el poder, y cuando los liberales de izquierda hablan como la derecha y no se dan cuenta de ello? ¿Se trata de nacionalismo, de populismo, de conservadurismo radicalizado, de liberalismo o libertarismo, de fascismo, de fascismo tardío o de autocracia? La izquierda también tuvo que plantearse esta pregunta en los años sesenta y setenta. La múltiple violencia estatal, la persecución, la incitación al odio y, finalmente, los atentados y asesinatos de liberales como los hermanos Kennedy, de defensores de los derechos civiles como Martin Luther King o de izquierdistas, invitaban a reflexionar sobre tales desarrollos autoritarios.

3 CONTRARREVOLUCIÓN PREVENTIVA

Herbert Marcuse contribuyó con importantes textos al debate de la época y, al igual que Deleuze y Foucault, reflexionó sobre esta fase de una izquierda emergente y un estilo de vida no fascista y anticonformista. Constató una tendencia a la contrarrevolución. Vio cómo esta tendencia se desarrollaba en muchos lugares del mundo capitalista, y cómo tenía lugar bajo las diferentes formas del régimen de dominación burguesa: podía abarcar desde la democracia parlamentaria hasta el estado policial y la dictadura declarada. Sin embargo, también hablaba de que la fase democrática burguesa del capitalismo conduce finalmente a una fase contrarrevolucionaria (véase Marcuse, 1972: 34). Contrarrevolución sí, pero –en consonancia con Foucault– ningún régimen fascista (ibíd.). Marcuse habla de protofascismo, de precursores del fascismo, y no descarta que pueda llegar a producirse un fascismo que sea resultado de elecciones democráticas. Marcuse consideraba que algunos fenómenos que hoy en día volvemos a encontrar eran indicios de ese síndrome protofascista: 1. Trabajadores que votan a representantes de la derecha. 2. Agresividad reprimida en la población, que se identifica de manera alarmante con un criminal de guerra; no es difícil asociar esto con Donald Trump. 3. Matar a disparos a estudiantes en un campus, una acción de la Guardia Nacional apoyada explícitamente por la madre de uno de los fallecidos: “Sí. Tenemos que limpiar esta nación” (ibíd.: 37). 4. El ataque a la formación científica y, en particular, los ataques a las humanidades y las ciencias sociales, “estudio en que tradicionalmente se ha desarrollado la educación no conformista” (ibíd.). Existe un potencial que se manifiesta con violencia verbal, latente y también abierta, dirigida contra minorías visibles que se perciben como alborotadoras, extrañas, que tienen un aspecto diferente, hablan de otra manera y se comportan de otra manera. Se convierten en blanco de la agresión.

Para Marcuse, la contrarrevolución es el proceso general. Esto puede conducir a una segunda era fascista, a un neofascismo (Marcuse, 1970: 114, 119). Pero Marcuse no consideraba que la situación en los Estados Unidos fuera comparable a la de la República de Weimar: no había un partido comunista fuerte, ni organizaciones de masas paramilitares, ni una crisis económica generalizada, ni un líder carismático, sino una Constitución y un poder judicial que funcionaban, así como medios de comunicación críticos (Marcuse, 1972, 35 y ss.). Marcuse enlazaba con esto una relevante reflexión sobre teoría de la dominación: Si hubiera un nuevo fascismo, sería un fascismo en una escala superior: “el desarrollo capitalista en los Estados

Unidos requeriría un nivel más elevado de fascismo” (ibíd., 35). Sería un fascismo diferente, con otras tecnologías de poder más desarrolladas. No tendría por qué seguir las mismas prácticas violentas que el fascismo histórico. Quizás por eso sería mejor no hablar de fascismo: no porque el régimen autoritario sea inofensivo, sino para comprenderlo con mayor precisión. Al fin y al cabo, en Europa se ha exterminado y expulsado a los judíos, y el comunismo desempeña, en todo caso, un papel marginal. Hoy en día se evocan más bien imágenes de la Reconquista, la idea delirante de que Europa podría sufrir hoy lo que ella misma infligió a los demás, a los colonizados.

Esto afecta a una cuestión central de los debates de izquierda, que actualmente se llevan a cabo bajo la impresión de una derecha cada vez más fuerte. ¿Debemos calificar los acontecimientos actuales en Estados Unidos como fascismo, como un nuevo fascismo? Porque se puede suponer con razón que el fascismo está cambiando su forma histórica y no funciona de la misma manera que lo hizo en el período comprendido entre 1922 o 1933 y 1945, o, si pensamos en el franquismo, hasta 1976. La derecha fascista y los intelectuales afines a ella son conscientes de que han sido derrotados militarmente; también son conscientes de que se encuentran bajo presión moral y jurídica. Tras el racismo, el exterminio de una parte considerable de la población judía europea y las sanciones del derecho internacional contra el antisemitismo y el racismo, ya no es posible fomentar el resentimiento contra los judíos de la misma manera; tras el fin del conflicto de la guerra fría, la derecha tampoco puede seguir presentándose como defensora de la cristiandad occidental contra la conspiración del comunismo mundial. Pero siguen existiendo numerosas posibilidades de reproducir la tradición racista de forma ampliada: la metapolítica, el neorracismo, que generaliza el antisemitismo y quiere defender al pueblo contra la “extranjerización”, contra el “reemplazo de la población”, contra los migrantes y los refugiados (véase Balibar, 1990); combatir el marxismo cultural o la supuesta ideología de género, que cuestiona la naturaleza humana, la dualidad de género, la nación, el orden natural y sus leyes eternas que incluyen al cambio climático; la casta y la élite políticas deben ser expulsadas del poder, perseguidas y, si es necesario, destruidas, porque –evocando miedos míticos y antisemitas– les chupan la sangre a los niños, no respetan a su propio pueblo, son corruptos y antidemocráticos.

Son posiciones con las que la derecha se presenta con éxito a las elecciones en muchos países, organiza a mucha gente, reestructura el Estado y el poder judicial, socava las instituciones democráticas y coarta considerablemente los medios de co-

municación. Los representantes electos y los miembros de los gobiernos de derechas están estrechamente vinculados a grupos neonazis violentos que actúan de forma paramilitar o al crimen organizado. La derecha también ha logrado forjar líderes que, si bien no son carismáticos, sí gozan de popularidad: Trump, Putin, Meloni, Le Pen, Milei, Orbán, Farage, Wilders, Weidel, Steve Bannon, Elon Musk, Peter Thiel, los hermanos Tate, Tommy Robinson, Martin Sellner. A diferencia de la derecha fascista de la década de 1920, hoy en día no se trata de conquistar el poder mediante la fuerza militar y la guerra civil (véase Blasius, 2005). De hecho, hasta ahora la derecha ha participado en elecciones parlamentarias, lo que sugiere que también sería posible su destitución y el restablecimiento de las instituciones constitucionales o una transformación democrática. El marco constitucional parece mantenerse intacto en un sentido muy general. El hecho de que no siempre es así lo demuestran los ejemplos de Turquía o Hungría. Pero también resulta difícil, como se ha podido ver en Polonia o en Estados Unidos tras el primer mandato de Duda o de Trump, y sin duda lo será aún más tras el segundo mandato de Trump. Porque si las instituciones constitucionales no se reforman, terminarán vaciándose de contenido. Los empleados públicos democráticos y bien formados serán expulsados y no volverán fácilmente a sus antiguos puestos, el periodismo se verá gravemente debilitado y las ciencias se deteriorarán. Además, las fuerzas reaccionarias se mantienen firmes.

Siguiendo a Marcuse, se podría pensar que existe algo así como un fascismo renovado. Y, al igual que fue un fenómeno mundial en los años veinte y treinta, hoy en día también lo es. Pero, siguiendo el mismo razonamiento de Marcuse, también sería posible otra argumentación teórica. Sí, se está produciendo una reproducción ampliada del dominio autoritario, una práctica contrarrevolucionaria a un nivel superior. Sin embargo, podría ser engañoso pensar esta nueva praxis en los términos históricos tradicionales del bonapartismo, el fascismo o el totalitarismo. El concepto de fascismo está asociado a ciertas ideas, imágenes y prácticas históricas. En las décadas de 1920 y 1930, la izquierda tardó mucho tiempo en liberarse del imaginario histórico del bonapartismo y reconocer lo nuevo, la lógica propia del fascismo o del nacionalsocialismo. Muchos creyeron también que el fascismo se desacreditaría y se derrumbaría rápidamente. De hecho, se derrumbó en una crisis, ya que no ofrecía ninguna perspectiva. Pero entre tanto tuvo efectos muy destructivos y arrastró a muchas personas a sus crímenes. En la década de 1970 era difícil reconocer la diferencia entre una dictadura militar (en Argentina, Chile, Grecia o Brasil) y el fascismo. A menudo se hablaba de fascismo también en estos casos.

Hay aspectos empíricos que me sugieren que los acontecimientos actuales constituyen una nueva forma de gobierno autoritario. 1. El primer aspecto es, de hecho, el proceso democrático que conduce a los gobiernos autoritarios. Aunque los partidos de derecha insinúan que se oponen al sistema, al mismo tiempo enfatizan su compromiso con la Constitución y la democracia. Las elecciones siguen siendo el medio de conexión entre los partidos autoritarios y la base, entre los gobernantes y los subalternos. Esto da lugar a simplificaciones autoritarias y populistas: «Yo soy vuestra voz» (Trump). Lo cual conduce a la paradójica situación de que los partidos o políticos autoritarios y populistas pueden formar parte del Gobierno o participar en él durante años y, sin embargo, fingir que se oponen a las élites. Esta es la razón de por qué la mentira y la negación de los hechos deben convertirse en un recurso político. 2. La derecha autoritaria defiende la libertad de expresión, lo cual no significa debates y controversias abiertas. Más bien se intenta destruir los medios de comunicación públicos en favor de las cadenas de televisión privadas, atacando programas y periodistas. La libertad de expresión se entiende de forma unilateral; se aplica a la propia opinión, mientras que lo que dicen los demás se desacredita como noticias falsas, fantasías de la izquierda y delirios de género. 3. La participación en los procedimientos democráticos sugiere que los procesos son reversibles hasta cierto punto y en función de los equilibrios de poder. A diferencia del fascismo histórico, no existe una orientación finalista hacia el Estado total. Más bien, el Estado y la burocracia se destruyen de forma selectiva, se cierran ministerios, se reduce el número de funcionarios, se limitan las funciones y competencias del Estado, especialmente en los ámbitos social, educativo y científico, se les priva de derechos y se desregulan. Se debilita el Estado de derecho. Estados Unidos también renuncia a una mayor expansión del imperio y persigue más bien una política de retirada selectiva. Sin embargo, en este momento no se sabe si seguirá siendo así y si no habrá una orientación finalista hacia un Estado de excepción y una dictadura. Pero, ¿cuál sería la meta? En el caso del nacionalsocialismo, se trataba de la eliminación del marxismo y del judaísmo, así como de la búsqueda de la dominación mundial. No existía una idea positiva sobre cómo sería esa dominación mundial tras la victoria. El régimen contaba con el derrumbe generalizado. La derecha actual persigue una política nacionalista, quiere fortalecer a la nación y alcanzar el éxito económico. En consecuencia, favorece a los ricos, que simbolizan el éxito. Promueve una política racista, la destrucción de la izquierda, del marxismo, del movimiento antifascista, el restablecimiento del orden considerado natural. La derecha no ofrece ninguna perspectiva positiva, salvo la de

que el mundo y la humanidad perecerán según la voluntad de Dios. De este modo, se opone a las fuerzas de la Ilustración, de la racionalidad y de los modos de vida emancipadores. 4. Si tomamos como ejemplo Italia o, en particular, Estados Unidos, es notable que los altos cargos del Gobierno pertenezcan directamente a la burguesía del país: el propio Trump es multimillonario, y otros miembros de su gabinete también lo son o son muy ricos. En Italia, esto era válido para Berlusconi. Lo cual difiere de las dictaduras militares o del fascismo. En el caso de las dictaduras militares, los gobernantes son los altos mandos del ejército, que a menudo se reclutan de la clase dominante y representan sus intereses. El ejército se convierte entonces en el canal para la formación de la voluntad y la toma de decisiones, se disuelven el parlamento y los partidos, y se controla estrictamente a los medios de comunicación. Los militares se enriquecen mediante la corrupción (Venezuela) o la expansión de complejos empresariales especiales (Egipto). En el caso del fascismo histórico, Hitler y los altos mandos del régimen eran advenedizos procedentes de la pequeña burguesía. Los principales canales para la formación de la voluntad eran la policía (SS y Gestapo) y el Ministerio de Propaganda. Los altos cargos del régimen eran funcionarios al servicio de la burguesía, algunos de los cuales intentaron enriquecerse personalmente gracias a su posición. Pero eso no los convirtió directamente en miembros de la clase burguesa, ya que no fueron capaces de reproducir a largo plazo los intereses del capital. Por el contrario, Trump y algunos miembros del gabinete no son empleados que asumen un mandato en nombre de una clase, sino que se otorgan a sí mismos un mandato en estrecha relación con las fuerzas oligárquicas. Aprovechan su posición para enriquecer aún más a un pequeño grupo de ricos y, mediante la reestructuración del Estado, asegurar a largo plazo esta riqueza y los mecanismos para su ulterior enriquecimiento. Por lo tanto, propongo denominar a estos regímenes “autocracias”. Se pueden observar procesos similares en Rusia o Turquía. En estos países, la toma del poder sirve para reestructurar la economía, impregnar la sociedad de corrupción y enriquecer a los grupos oligárquicos.

4 LA NUEVA IZQUIERDA

¿Por qué habla Marcuse de contrarrevolución? Es notable que lo haga, aludiendo así a Friedrich Engels (1851-1852) y a la obra de su amigo Arno Mayer (1971). Según esto, la contrarrevolución no es un proceso histórico único, sino una tendencia a largo plazo bajo condiciones capitalistas, y esta tendencia adopta diversas formas. En

mi opinión, resulta productivo considerar que la sociedad civil está continuamente determinada por esta tendencia. Esto corrige una posición recurrente que se observa en muchas investigaciones sobre la extrema derecha, en el periodismo y también en las variantes de la teoría crítica con un enfoque vinculado a la sociología de la modernización. Desde esta perspectiva, la modernidad parece evolucionar hacia una mayor democracia, ilustración, debate público y una esmerada cultura de la memoria. El hecho de que exista la derecha, que siga existiendo o que haya vuelto a aparecer, se percibe entonces como una sorpresa, como algo que irrumpe desde fuera. Pero la contrarrevolución es más bien una tendencia permanente que adopta diferentes formas en cada momento. Sin embargo, hay que decir con espíritu crítico y cautela que Marcuse no analiza con precisión estos cambios de forma y sus factores determinantes, sino que se limita a observaciones e indicadores para un diagnóstico de la época.

Cuando Marcuse habla de contrarrevolución, no espera que esté a punto de producirse una revolución. No se trata de una contrarrevolución en sentido literal, es decir, de una reacción a una revolución en curso. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de una negación determinada. La revolución es también una posibilidad permanentemente presente; e históricamente, todo apunta a un nuevo tipo de revolución de trascendencia universal (Marcuse, 1972: 12). Por eso Marcuse define la contrarrevolución en el caso concreto del periodo comprendido entre finales de los años sesenta y principios de los setenta como preventiva, es decir, destinada a impedir el surgimiento de una revolución mediante toda una serie de medidas. Sin embargo, en su estudio sobre el tema de la contrarrevolución no se centra tanto en medidas contrarrevolucionarias concretas, acerca de las cuales dice sorprendentemente poco. Marcuse se interesa más bien por la cuestión de la posibilidad de la revolución, por el sujeto revolucionario y por la Nueva Izquierda, que se ha constituido como oposición sobre el propio terreno de la contrarrevolución. La reflexión de Marcuse se articula a partir de esta nueva oposición.

Así como Marcuse supone que existe una tendencia a la contrarrevolución que atraviesa la historia del capitalismo, también supone que hay resistencias revolucionarias que actúan constantemente contra el tipo de organización del trabajo en la sociedad y del poder. Durante mucho tiempo, las sociedades sufrieron escasez, miseria y necesidad, y muchas necesidades no se vieron satisfechas. Esto fue lo que sirvió de fundamento a los dominadores, a los que tenían el control del trabajo. De ese control podían obtener ventajas para sí mismos y descargar el agotador trabajo físico

en aquellos que el destino condenaba a ser trabajadores. Estos eran explotados y sufrían por el trabajo sin sentido que los mutilaba mental y físicamente. Aunque la explotación, la obligación de trabajar y la disciplina tenía una base racional en ese momento histórico, sin embargo, se produjeron revoluciones como reacción a las condiciones imperantes impulsadas principalmente por las clases trabajadoras en alianza con la pequeña burguesía: 1848, 1871, 1917, 1918/19. Marcuse considera que el capitalismo ha cambiado, entre otras cosas, debido a esas luchas.

Al igual que otros representantes de la antigua teoría crítica, pero de forma aún más enfática, Marcuse advierte en este punto un cambio profundo en las relaciones de producción capitalistas. Sigue tratándose de capitalismo; ese es el marco dentro del cual se produce el cambio. La teoría de Marx sigue siendo válida, porque capta la esencia que continúa operando tras las apariencias y determina las transformaciones de estas. Sin embargo, en y con los conceptos de la teoría marxiana deben pensarse cambios de gran alcance. Según Marcuse, los conceptos de Marx no deben aplicarse de forma ritualista, sino que ha de desarrollarse su dialéctica concreta para comprender lo nuevo. Para Marcuse, esto significa que el capitalismo no debe entenderse como una estructura fijada de una vez por todas, sino como una totalidad en transformación histórica. En vista de esta evolución, no es necesaria una revisión de la teoría de Marx, “sino la restauración de la teoría marxista: la emancipación de su propio fetichismo y ritualización, de la retórica petrificada que frena su desarrollo dialéctico” (Marcuse, 1972: 40).

¿Qué ha cambiado? Ya no estamos frente al capitalismo liberal, ni tampoco frente al capitalismo monopolista, sino frente al capitalismo monopolista de Estado (véase Marcuse, 1972: 34). El conflicto de clases se gestiona de forma pacífica y corporativa, la clase obrera está integrada, ya no se encuentra al margen de la sociedad burguesa, sino que participa de la prosperidad. Las experiencias de miseria y necesidad ya no son los motivos que impulsan la protesta y las aspiraciones revolucionarias. Los trabajadores y las trabajadoras tienen más que perder que sus cadenas, y Marcuse señala que, según la visión de Marx, esta situación de necesidad económica tampoco condujo en períodos anteriores a una acción revolucionaria (véase Marcuse, 1969: 23).

No se trata del hecho de que los trabajadores y las trabajadoras puedan consumir gracias a salarios más altos. Lo importante es que esto cambia la base misma y la relación entre producción y consumo, entre base y superestructura. La clase obrera ya no está oprimida por la represión, privada de sus derechos y marginada. La participa-

ción en el consumo, la tolerancia con las organizaciones sindicales y la participación en los procesos parlamentarios integran a la clase obrera. Esto implica que la forma mercancía se ha expandido enormemente: la cultura, el ocio, el deporte y el entretenimiento también se han convertido en bienes de consumo que se pueden adquirir en el mercado. Esto está cambiando profundamente a las personas.

“La llamada economía de consumo y la política del capitalismo corporativo han creado una segunda naturaleza en las personas, que las ata de forma libidinosa y agresiva a la forma de las mercancías. La necesidad de poseer, consumir, utilizar y renovar constantemente artículos técnicos de uso cotidiano, aparatos, instrumentos y máquinas, bienes que se ofrecen e imponen a las personas para que los utilicen incluso a riesgo de su propia destrucción, se ha convertido en una necesidad ‘biológica’ en el sentido que acabamos de definir. La segunda naturaleza del ser humano se opone a cualquier cambio que rompa o tal vez elimine esta dependencia de las personas respecto a un mercado cada vez más saturado de artículos comerciales, que ponga fin a su existencia como consumidores que se consumen a sí mismos comprando y vendiendo. Por lo tanto, las necesidades creadas por este sistema son necesidades estabilizadoras y conservadoras: la contrarrevolución está anclada en la estructura instintiva.” (Marcuse, 1969: 19; véase Marcuse, 1964: 34).

Marcuse aborda aquí un aspecto importante del desarrollo capitalista. En principio, las sociedades capitalistas son ricas: nadie debería sufrir más carencias ni verse afectado por la necesidad material. La dominación ya no puede justificarse con el argumento de que la escasez económica y, por lo tanto, la supervivencia del colectivo obligan a transferir el control y el poder de decisión sobre los medios de producción a unas pocas personas:

“La racionalidad de la opresión organizada en el modo de producción capitalista era evidente: servía para eliminar la escasez y dominar la naturaleza; se convirtió en una fuerza motriz del progreso técnico, en una fuerza productiva. Hoy ocurre lo contrario: esta represión pierde su racionalidad”. (Marcuse, 1972: 32)

En vista del desarrollo social y la riqueza alcanzada, hace tiempo que sería posible una profunda transformación social, un socialismo cualitativamente nuevo. Para Marcuse, esto es significativo, porque ya no se trataría de una satisfacción meramente lineal y cuantitativa de las necesidades, basada en el aumento de la cantidad de bienes de consumo. Las personas podrían reorientarse: en el trabajo y desde el punto de vista moral, ecológico y estético. Sin embargo, este cambio no se produce. Las

personas han cambiado incluso en su estructura de personalidad. Con esta reflexión, Marcuse da continuidad a una antropología histórica y dialéctica. Va más allá que Marx, quien veía la obediencia y la disciplina de los trabajadores como resultado de la coacción muda de las condiciones económicas. Pero esta disciplina contribuyó a capacitar a los trabajadores para apropiarse de la naturaleza, cooperar y organizarse. Sin embargo, debido al desarrollo capitalista, la constitución de los individuos se modificó históricamente, hasta en sus estructuras más profundas. Las condiciones concretas de explotación crean hábitos condicionados económicamente que cambian a las personas desde dentro.

Con todo, Marcuse también se diferencia de otros marxistas, como por ejemplo de las influyentes reflexiones de Antonio Gramsci sobre la hegemonía. Este entiende el mantenimiento del dominio burgués como resultado de la violencia estatal y el consenso creado por la sociedad civil, o las reflexiones de Louis Althusser, que considera que la reproducción de las relaciones de producción capitalistas está asegurada por las prácticas del aparato policial represivo (policía, ejército) y las múltiples prácticas de los aparatos ideológicos del Estado, que interpelan a los individuos como sujetos organizando prácticas y rituales especiales (oración, tareas escolares, exámenes). También en estos casos, las personas son formadas y subjetivadas hasta lo más profundo de su naturaleza interna por las relaciones capitalistas. Mientras que Althusser considera que esto es el resultado de prácticas ideológicas estatales, Marcuse opina que los cambios estructurales de los individuos son el resultado del consumo y de la violencia estatal. Interpreta el desarrollo de la policía en los Estados Unidos como un indicio de una progresiva contrarrevolución. Tiene en mente el rearme militar de la policía (sobre la continuidad de este proceso, véase Harcourt, 2019).

5 MINORÍAS Y CLASE TRABAJADORA

¿Quién puede iniciar una revolución de este tipo? Marcuse considera que la clase trabajadora tradicional, es decir, los llamados “trabajadores de cuello azul”, está en gran medida integrada. Esto es el resultado de los cambios estructurales de la base, entre los que Marcuse también incluye el consumo. Pero la base también está sujeta a cambios fundamentales en otros aspectos. Marcuse argumenta que, debido a los avances tecnológicos, el aparato de producción en su conjunto y, con ello, también la clase obrera han cambiado. Basándose en las reflexiones de Marx en los *Grundrisse*, su argumento es similar al que, treinta años más tarde, plantearían Toni Negri y

Michael Hardt. Según esto, se forma un trabajador colectivo, al que pertenecen los obreros, los técnicos, los ingenieros y los directivos. Todos ellos se contraponen al capital. De este modo el concepto de clase obrera cambia. Cada vez más personas se dan cuenta de cómo, debido a la división del trabajo impuesta por la tecnología, sus tareas se descomponen y se recomponen funcionalmente, convirtiéndose así en instrumentos y objetos administrativos de un proceso cada vez más fragmentado. Sus cualificaciones pierden importancia; la fragmentación ya no permite tener una experiencia significativa del proceso de producción en su conjunto. Las personas experimentan que, detrás de las imposiciones de la supuesta división técnicamente necesaria de las fases de trabajo –es decir, detrás del “velo tecnológico”–, la universalización de la forma mercancía va acompañada de una universalización de la servidumbre. Los individuos pierden su dignidad humana, ya que su existencia y su realización están determinadas por los bienes de consumo adquiridos en el mercado, su autonomía consiste en poner el coche a tope (Marcuse 1969, 20); su libertad se limita a la esclavitud de elegir entre alternativas consumistas prefabricadas (modelos de automóviles, televisores, frigoríficos) (cf. 1969, 20). La publicidad y el diseño también controlan el proceso democrático (Marcuse 1972, 24).

Sin embargo, las reflexiones de Marcuse dan un giro notable en este punto. A pesar de estas descripciones de las tendencias negativas, sigue comprometido con la tradición materialista al identificar las condiciones y contradicciones que son la base de los nuevos esfuerzos por alcanzar la libertad. Si hay tendencias revolucionarias, no se deben principalmente a la miseria y la necesidad, sino a la sobreabundancia y a las formas erróneas de prosperidad y riqueza. Esto me parece una enseñanza relevante de Marcuse con respecto a las formas habituales de crítica social, que también se centran en la cuestión social en los debates actuales de la izquierda. Frente a esas formas, Marcuse muestra que las transformaciones históricamente necesarias deben concebirse a partir de puntos de referencia históricamente nuevos.

“Las tendencias objetivas favorecen al socialismo únicamente en la medida en que las fuerzas subjetivas que luchan por él logren doblarlas en dirección al socialismo, y doblarlas ya: hoy y mañana y los días después de mañana. El capitalismo produce sus propios enterradores, pero el rostro de éstos puede ser muy diferente al de los condenados de la tierra, al de la miseria y al de la necesidad.” (Marcuse, 1972: 69)

Precisamente las nuevas formas de trabajo, las prácticas de dominación que quieren dar la impresión de ser necesarias desde el punto de vista técnico y económico,

el consumismo y el consiguiente cambio en la relación entre la base y la superestructura: todo ello genera contradicciones sorprendentemente nuevas. Las necesidades vitales inmediatas de la mayoría de las personas en los centros capitalistas están cubiertas y más que cubiertas. Solo una minoría sufre pobreza, aunque Marcuse parece subestimar cuántas personas, familias monoparentales, niños y trabajadores precarios se ven afectados por ella, y hasta qué punto las situaciones de pobreza se enquistan y afectan a toda la vida cotidiana.

Sin embargo, hay otro factor decisivo para su argumento sobre la teoría de la crisis. Precisamente la productividad de la economía capitalista, su riqueza, puede contribuir al desarrollo de necesidades vitales que van más allá de lo estrictamente necesario para vivir. La dinámica de crecimiento capitalista genera por sí misma necesidades que rebasan el mero ámbito de la supervivencia. En condiciones capitalistas no es concebible que esta lógica de crecimiento pueda limitarse. Porque el capital solo conserva su valor si se valoriza en niveles cada vez más altos. La economía capitalista debe seguir creciendo constantemente, de lo contrario entra en crisis y es percibida como pobre. El mensaje de la política oficial entonces es: ya no podemos permitirnos la ecología, las pensiones, la asistencia sanitaria, primero tiene que funcionar la economía. El proceso de acumulación de capital y el incremento de los valores de cambio (en forma de mercancías, dinero y capital) no se detiene con la satisfacción cuantitativa de las necesidades. Por lo tanto, tiene que haber más prosperidad consumista, como la que podemos observar hoy en día en los centros capitalistas. Mayor cantidad de coches, armas, teléfonos móviles, viajes turísticos y de negocios, viviendas, alimentación hipercalórica. No existe tope para la riqueza basada en el valor de cambio. Sin embargo, las personas desarrollan necesidades que van más allá. En esta medida exigen un salto cualitativo. Marcuse, sin embargo, tampoco descarta el empeoramiento de la situación económica, ya que la economía capitalista se ve envuelta una y otra vez en crisis: inflación, desempleo, sobrecarga del estado del bienestar (véase Marcuse, 1964: 83).

En estas dinámicas de crisis encuentra apoyo la revuelta. Las contradicciones –la no satisfacción de las necesidades consumistas, así como la falsa satisfacción de las necesidades– pueden conducir al colapso. Esta crisis ya no se reduce a los espacios nacionales, sino que es mundial. Ciertamente todo ello puede dar lugar a un nuevo sistema fascista. Pero Marcuse observa, frente a estas tendencias, nuevas reivindicaciones y nuevas luchas, como las que defiende la Nueva Izquierda. Esta organiza y moviliza una nueva oposición y forma alianzas entre estudiantes, trabajadores y tra-

bajadoras, negros en los guetos, internos de centros de acogida y reclusos de prisiones. A diferencia de las organizaciones clásicas de la izquierda, esta Nueva Izquierda no se preocupa por la representación de sus miembros a través de partidos jerárquicos con líderes vanguardistas, sino por las luchas de los individuos en la base, por sus formas de vida (véase Marcuse, 1972: 18). Trabajadores y trabajadoras, especialmente los jóvenes, se rebelan contra el sistema centrado en el rendimiento, cuestionan el sentido de la producción y los productos, se niegan a trabajar y ocupan las fábricas (Marcuse, 1972: 31 y ss.). De lo que se trata en todo esto es de formas de vida que no perjudican ni contaminan el medio ambiente, de restaurar la naturaleza, de crear zonas de tranquilidad, de luchar por la ciudad, contra el tráfico automovilístico, por la liberación de las mujeres, contra el racismo, por la apropiación y el desarrollo de un conocimiento social crítico (véase Marcuse, 1972: 27). No se trata de una ampliación cuantitativa, sino de algo cualitativo. No solo las personas, sino también la naturaleza espera la revolución (Marcuse, 1972: 75); y el socialismo liberaría a las mujeres de la atribución de características femeninas y a los hombres de la atribución de características masculinas (Marcuse, 1972: 73).

La protesta, las prácticas subversivas contra la dinámica tecnocrática de producción y consumo, observa Marcuse, están adoptando nuevas formas estratégicas, descentralizadas y locales. Está impulsada por minorías. Estas participan en parte del bienestar, pero no están integradas a través de las circunstancias concretas de sus condiciones de vida, o aún no lo están. Gracias a su formación, sobre todo en ciencias sociales y filosofía, experimentan y comprenden las consecuencias de largo alcance del modo de acumulación y de la vida cotidiana consumista. Para Marcuse, esto es importante. Porque estos grupos de la Nueva Izquierda, con sus experiencias, su sensibilidad, su formación y su deseo de cambiar el modo de vida, pueden convertirse en una fuerza motriz del cambio si contribuyen a superar la separación con respecto a la clase obrera asalariada. Porque, aunque Marcuse observa cambios en la base, en las fuerzas productivas y en las relaciones de producción y, por tanto, en la clase, en última instancia se mantiene firme en que la sociedad debe ser rediseñada a partir de esta base, a partir de la producción social. El sujeto eficaz y definitivo sigue siendo la clase obrera en cuanto clase (Marcuse, 1970: 91).

La estructura “solo puede ser cambiada por aquellos que aún sostienen el proceso de trabajo, constituyen su base humana y reproducen sus beneficios y su poder. Entre ellos se encuentra un sector cada vez mayor de las clases medias y la intelectualidad. En la actualidad, solo una pequeña parte de esta enorme población

verdaderamente sometida es consciente de la situación y políticamente activa. Reforzar esta conciencia y esta actividad es la tarea de los grupos radicales aún aislados” (Marcuse, 1972: 143).

Lo que Marcuse formula aquí sigue teniendo importancia política. Él ve que la Nueva Izquierda está separada de los procesos relevantes de la sociedad. Los estudiantes, como tales, no representan una fuerza revolucionaria. Los posicionamientos fuertes de esa Nueva Izquierda se encuentran en las universidades y en los guetos. Por eso es fundamental conectar con los trabajadores y las trabajadoras. Debido al cambio en las fuerzas productivas, esto ya no se hace desde fuera. Muchos miembros de la Nueva Izquierda pertenecen desde hace tiempo a una clase trabajadora en formación. Es precisamente ahí donde Marcuse veía el peligro del fracaso de la Nueva Izquierda: en el repliegue a espacios de emancipación privatizada a través de las drogas, el hábitat, la cultura; o bien en la aplicación fetichizada, ritualista y formalista de las ideas marxistas. Frente a ello, Marcuse destaca la conexión entre las prácticas revolucionarias culturales y la teoría social crítica como teoría de la estructura social.

6 REVOLUCIÓN CULTURAL

Marcuse subraya que la Nueva Izquierda no debe sobrevalorar su propia posición. No tiene base popular y se encuentra aislada de la clase obrera (véase Marcuse, 1975: 159). Su arraigo está en las universidades y los guetos, lo cual es un éxito, pero también una debilidad, ya que la separación institucional, la formación, el lenguaje y la teoría, así como la futura actividad profesional, reproducen la separación respecto a los trabajadores. No obstante, según Marcuse, las universidades representan una amenaza para el sistema. Es algo con lo que los dominadores no contaban. Históricamente, los aparatos de la educación superior han servido en gran medida para formar y reclutar a las nuevas generaciones de gobernantes. Ahora, según Marcuse, los estudiantes y los negros contribuyen a una nueva definición de la revolución, una revolución cultural que incluye el modo de vida y la conciencia. Desde el punto de vista de Marcuse, esto es algo nuevo: las revoluciones económicas y políticas anteriores fracasaron porque no tuvieron en cuenta la conciencia de los individuos. La revolución cultural representa una ampliación y prepara el terreno para una revolución integral. Porque toda la cultura burguesa –la vestimenta, la alimentación, la sexualidad, el lenguaje, el arte, la música, la vivienda– se ve arrastrada por los acontecimientos revolucionarios. Esto significa que surge una nueva moral, una nueva

sensibilidad. La revolución encuentra en los individuos, en sus necesidades cambiantes, una base biológica: los individuos quieren que la transformación alcance incluso su propia estructura profunda.

Se critica la destrucción de la naturaleza y la fealdad del entorno social y natural. Este es un aspecto importante para Marcuse que merece ser retomado: la horrenda arquitectura, las ciudades contaminadas, los edificios en ruinas, los paisajes destruidos, las calles, los parques, los lagos y los mares llenos de basura. Se trata de reconfigurar las condiciones también desde un punto de vista estético. La praxis transformadora se dirige contra la violencia en las relaciones de género, contra el racismo y las tradiciones coloniales que impregnan la vida cotidiana de los centros capitalistas y son una base fundamental de su riqueza. La revolución cultural tiene un carácter antiautoritario. Su objetivo es cuestionar las certezas de la educación burguesa, las identidades adquiridas y las necesidades.

En los procesos de la revolución cultural, se trata de deshacerse precisamente de aquello que, según la derecha, se ha convertido en los últimos años en algo importante para la izquierda: la identidad. La Nueva Izquierda es un movimiento crítico con la identidad que quiere superar los patrones identitarios y los endurecimientos del carácter; los individuos no deben estar atados por la identidad, sino que han de poder desarrollarse de manera libre y abierta. Por eso se puede decir que la Nueva Izquierda, según la interpretación de Marcuse, representa un movimiento de (auto)educación y formación. Las prácticas educativas se centran en las necesidades constitutivas del sujeto. Estas necesidades deben liberarse en un proceso de educación y autoeducación. El proceso de emancipación cuestiona las necesidades subjetivadas. A Marcuse se le ha acusado de argumentar de forma dictatorial en materia de educación debido a esta reflexión. Y es que su distinción entre necesidades falsas y verdaderas, represivas y emancipadoras, plantea intrincadas cuestiones sobre los criterios de demarcación entre unas y otras. Sin embargo, Marcuse es consciente de que las necesidades siempre son necesidades históricas. Habla precisamente de una contra-educación democrática que permita cuestionar los patrones de necesidades imbuidas por la coacción consumista de las empresas, que en muchos casos no satisfacen a los individuos y les perjudican (necesidad de alcohol, carne, coches rápidos, uso de las redes sociales). Estas observaciones coinciden con las experiencias de los individuos, que ven cómo las expectativas sobre productos, destinos vacacionales, películas o música no son satisfechas; se dan cuenta de cómo les decepcionan, engañan o aburren. El cuestionamiento se produce en el seno de los movimientos de pro-

testa social, dado que las necesidades de liberación y de formas de vida emancipadas se mantienen reprimidas. Pero esto no ha de conducir a dar poder a unos tribunales que decidan sobre las necesidades. Según Marcuse, son los individuos los que deciden sobre sus necesidades (Marcuse, 1964: 36). Pero él imagina un debate democrático para determinar las necesidades (véase también Fraser, 1994: 222 y ss.)

7 VIVIR SIN FASCISMO

Lo que Marcuse describe como una tendencia contrarrevolucionaria de la lógica de desarrollo social sigue existiendo, a pesar de las críticas generalizadas y los numerosos movimientos de protesta. Fenómenos como el rearme, la ampliación de las fuerzas policiales, de las cárceles y de los campos de internamiento; la coacción a la acumulación; la libertad limitada a elegir entre alternativas consumistas prefabricadas (alimentos, ropa, automóviles y bicicletas, dispositivos técnicos, destinos turísticos, restaurantes, programas de televisión o entretenimiento); la amenaza a la democracia. Todo está finamente diferenciado según los niveles de ingresos y los estilos de vida. En todos los aspectos, las dimensiones de este proceso se han ampliado exponencialmente. Dado que hasta ahora no se ha producido un salto cualitativo en el modo de vida imperial (véase Brand y Wissen, 2017), la producción y la satisfacción capitalistas conducen a la ampliación de los conflictos: las luchas contra los coches, la contaminación acústica del tráfico, el turismo, la destrucción de las ciudades, la violencia estatal, las prisiones, la arbitrariedad de las empresas, las tecnologías letales, las relaciones de género dominadas por los hombres, la violencia sexista y las crisis ecológicas.

No se trata en absoluto de un proceso lineal. Desde la década de 1960 ha habido múltiples luchas contra el desarrollo, a las que han respondido los que mandan. Estos no carecen de capacidad de entendimiento. Es algo que se demuestra cada año, en enero, en Davos, en el Foro Económico Mundial. Los líderes ven que su forma de producir riqueza pone en peligro la vida en el planeta de modo catastrófico. Sus posibilidades de impedir este desarrollo son escasas. Porque las condiciones en las que se apropian de la riqueza y dominan a los demás y a la naturaleza son más poderosas que ellos mismos. Bajo pena de su propia desaparición –y, lamentablemente, la de todos nosotros–, deben seguir adelante, ya que, de lo contrario, perderían la base de su riqueza y de sus privilegios. En las últimas décadas, las fuerzas burguesas han intentado incorporar algunos aspectos del modo de vida progresista. Ha habido todo

tipo de acuerdos y medidas para prevenir las emisiones de CO₂ con el fin de evitar el cambio climático, reducir los residuos, controlar el tráfico, garantizar la biodiversidad, permitir la igualdad de las mujeres y frenar el racismo. Esto ha cambiado las formas de gestión capitalista de las personas, la acumulación de capital y los procesos culturales. Pero la ley de la gravedad de la socialización capitalista impulsa a la humanidad hacia la barbarie. Esto empuja a las fuerzas burguesas a optar por estrategias autoritarias. Piensan que la causa de esta evolución no son las relaciones capitalistas, sino el “*woke mind virus*” defendido por la izquierda cultural revolucionaria. En consecuencia, se preparan para el colapso y esperan poder evitarlo mediante medidas autocráticas y tecnológicas (control de las plataformas de redes sociales).

Herbert Marcuse, como marxista judío, emigrante, como alguien que con sus competencias de científico social ha estudiado y combatido el fascismo y ha acompañado el movimiento por los derechos civiles, la revuelta y la Nueva Izquierda, advirtió sobre la amenaza de un nuevo segundo fascismo. Sus últimos escritos son un esbozo de esta amenaza y de propuestas para un modo de vida no fascista: superar la dominación masculina, la destrucción de la naturaleza, el racismo, una nueva organización del trabajo en sociedad en la que nadie sea explotado. Las prácticas que permiten vivir un modo de vida no fascista están siendo atacadas hoy en día. Una parte de la izquierda y de los movimientos sociales retrocede ante estos ataques y se deja dividir de buen grado entre aquellos que creen que es importante centrarse en la cuestión social y aquellos se limitan a defender su propia praxis particular de emancipación. En cambio, los análisis de Marcuse vuelven a tener hoy una actualidad insospechada, ya que defienden no simplificar las contradicciones ni hacerlas competir entre sí, sino pensar su interconexión. Recuerdan que solo mediante un salto cualitativo en la libertad podrán superarse los fundamentos en los que arraigan hoy las tendencias autoritarias y fascistas.

Traducción del alemán de José A. Zamora

REFERENCIAS

- ADORNO, Theodor W. (1966): *Dialéctica negativa*, en *Obra completa*, vol. 6, Tres Cantos-Madrid: Akal, 2005.
- BALIBAR, Etienne (1990): “Gibt es einen ‘Neorassismus’?” en Etienne Balibar, Immanuel Wallerstein: *Rasse – Klasse – Nation. Ambivalente Identitäten*, Hamburg: Argument.

- BLASIUS, Dirk (2005): *Weimars Ende. Bürgerkrieg und Politik 1930-1933*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- BRAND, Ulrich, WISSEN, Markus (2017): *Imperiale Lebensweise. Zur Ausbeutung von Mensch und Natur im globalen Kapitalismus*, München: oekom.
- DEMIROVIĆ, Alex (2025): "Do We Need an Updated Theory of Fascism", <https://www.rosalux.de/en/news/id/53445/do-we-need-an-updated-theory-of-fascism>.
- ENGELS, Friedrich (1851-1852): *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, en Marx-Engels-Werke, vol. 8, Berlin: Dietz, 1972.
- FOUCAULT, Michel (1999): "Prefacio", en Id.: *Obras esenciales*, II: *Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós, 385-388.
- FRASER, Nancy (1994): *Widerspenstige Praktiken*, Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- HARCOURT, Bernard E. (2019): *Gegenrevolution. Der Kampf der Regierungen Gegen die eigenen Bürger*, Frankfurt am Main: Fischer.
- HARCOURT, Bernard E. (2025): A Modern Counterrevolution, *The Ideas Letter* 39, <https://www.theideasletter.org/essay/a-modern-counterrevolution/> [11.10.2025]
- JESSEN, Jens (2025): "Selbst schuld?", *Die Zeit*, 28.8.2025.
- KRACAUER, Siegfried (1938): *Totalitäre Propaganda*, en id.: *Werke*, vol. 2.2: *Studien zu Massenmedien und Propaganda*, Berlin: Suhrkamp, 2012.
- MARCUSE, Herbert (1964): *EL hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Ariel, 1984.
- MARCUSE, Herbert (1969): *Ensayo sobre la liberación*. México: Editorial Joaquín Mortiz.
- MARCUSE, Herbert (1970): *Revolución cultural*. Medellín: ennegativo ediciones, 2021.
- MARCUSE, Herbert (1972): *Contrarrevolución y revuelta*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1973.
- MARCUSE, Herbert (1975): "Scheitern der Neuen Linken?", en id.: *Schriften* vol. 9, Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1987.
- MAYER, Arno (1971): *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956*, New York et al.: Harper & Row.
- WHITE HOUSE (2025): *Defending women from gender ideology extremism and restoring biological truth to the federal government*, Washington.